

Opinión Debates



Innovar sin héroes. El desafío silencioso de los equipos de educación a distancia en la transformación universitaria

Horacio Zamudio

Universidad Nacional del Sur

horacio.zamudio@uns.edu.ar

Resumen

La pandemia aceleró procesos de digitalización que parecían impensados en las universidades. Sin embargo, una vez superada la emergencia, muchas instituciones tendieron a replegarse hacia formas tradicionales de funcionamiento, recuperando la presencialidad como principal referencia de calidad y normalidad. En ese movimiento, parte de los aprendizajes construidos durante aquellos años comenzó a diluirse silenciosamente. Este artículo propone una reflexión sobre un actor frecuentemente invisibilizado en ese escenario: los equipos de educación a distancia. Espacios que, lejos de limitarse a resolver cuestiones técnicas, suelen sostener procesos de acompañamiento docente, mediación pedagógica, alfabetización digital e implementación de innovaciones en contextos donde el cambio no siempre encuentra condiciones favorables. A partir de una mirada situada en instituciones de educación superior, se plantea una idea incómoda: la transformación digital universitaria no suele ralentizarse por falta de tecnología, sino por la dificultad de transformar culturas institucionales que todavía desconfían —o no terminan de reconocer— nuevas formas de enseñar, aprender y acompañar. En este marco, se abordan tensiones persistentes entre presencialidad, accesibilidad, flexibilidad y cambio organizacional, así como el lugar que ocupan pequeños equipos que, muchas veces de forma silenciosa, sostienen procesos de innovación desde la convicción y el compromiso cotidiano. Más que una defensa de modalidades educativas, esta reflexión busca abrir una conversación sobre las condiciones necesarias para construir universidades más flexibles, inclusivas y capaces de responder a las trayectorias reales de estudiantes y docentes contemporáneos.

Palabras clave

inteligencia educación a distancia; transformación digital; educación superior; innovación educativa; cultura organizacional; universidad

Innovating Without Heroes. The Silent Challenge of Distance Education Teams in University Transformation

Abstract

The pandemic accelerated digitalization processes that seemed unthinkable in universities. However, once the emergency was overcome, many institutions tended to retreat toward traditional ways of operating, reclaiming in-person learning as the main benchmark for quality and normalcy. In that movement, part of the lessons learned during those years began to silently dissolve. This article proposes a reflection on an actor frequently made invisible in this scenario: distance education teams. These are spaces that, far from being limited to solving technical issues, usually support processes of teacher guidance, pedagogical mediation, digital literacy, and the implementation of innovations in contexts where change does not always find favorable conditions. Based on a perspective situated within higher education institutions, an uncomfortable idea is raised: university digital transformation does not usually slow down due to a lack of technology, but rather due to the difficulty of transforming institutional cultures that still distrust—or do not fully recognize—new ways of teaching, learning, and supporting. Within this framework, persistent tensions between in-person learning, accessibility, flexibility, and organizational change are addressed, as well as the place occupied by small teams that, often silently, sustain innovation processes through conviction and daily commitment. Rather than a defense of educational modalities, this reflection seeks to open a conversation about the conditions necessary to build more flexible, inclusive universities capable of responding to the real trajectories of contemporary students and teachers.

Key words

Distance education; digital transformation; higher education; educational innovation; organizational culture; university

Fecha de Recepción: 02/06/2026 -Fecha de Aceptación: 25/06/2026

Introducción

Durante la pandemia cambié de área dentro de la universidad. Dejé un espacio vinculado a la comunicación institucional para incorporarme al área de educación a distancia. Lo hice con entusiasmo genuino. Había algo profesional en esa decisión, pero también algo profundamente personal: sentía que estaba colaborando con la construcción de una universidad que me hubiera gustado encontrar más de treinta años atrás.

Mis primeros pasos universitarios comenzaron a principios de la década de 1990. Como muchas personas de mi generación, mi trayectoria estuvo atravesada por responsabilidades familiares tempranas, jornadas laborales extensas y tiempos fragmentados. Estudiar no era solo un deseo: era un ejercicio constante de negociación con las obligaciones cotidianas.

Aunque la universidad nunca me cerró explícitamente las puertas, tampoco parecía diseñada para alguien con esas condiciones de vida. Con el tiempo entendí que aquella experiencia no había sido excepcional. Muchas trayectorias educativas quedan suspendidas, interrumpidas o directamente abandonadas no por falta de capacidad, interés o vocación, sino porque ciertas instituciones todavía esperan estudiantes disponibles para adaptarse a formatos relativamente rígidos.

Cuando ingresé al área de educación a distancia pensé, quizás con algo de ingenuidad, que estaba colaborando en la construcción de una respuesta posible a esas tensiones. Imaginé que las tecnologías, combinadas con nuevas formas de organización pedagógica, podrían ampliar oportunidades, flexibilizar recorridos y acercar la universidad a quienes históricamente habían quedado más lejos de sus tiempos y formatos tradicionales. Sin embargo, con el paso de los años comenzó a aparecer una paradoja difícil de ignorar. Gran parte de mi propia transformación académica reciente —finalizar estudios, completar una licenciatura, iniciar una maestría y realizar múltiples diplomaturas— ocurrió fuera de la

institución en la que trabajo. En universidades públicas y privadas que ofrecían propuestas compatibles con una vida adulta atravesada por el trabajo, las responsabilidades familiares y tiempos necesariamente discontinuos.

La pregunta apareció sola, casi incómoda: si hoy tuviera que comenzar nuevamente mi recorrido universitario, ¿mi propia universidad podría alojar una trayectoria como la mía? No se trata de cuestionar el valor de la presencialidad ni de idealizar modalidades mediadas por tecnologías. Tampoco de reducir una discusión compleja a una disputa entre formatos. La presencialidad universitaria constituye una experiencia valiosa, profundamente asociada a la construcción de comunidad, intercambio y pertenencia institucional. Pero quizás el problema aparezca cuando esa tradición se convierte, explícita o implícitamente, en el único modo legítimo de imaginar la enseñanza superior.

La pandemia mostró que las universidades podían transformarse a velocidades que parecían imposibles. En pocas semanas, instituciones enteras reorganizaron clases, reuniones, evaluaciones y formas de acompañamiento. Docentes que nunca habían utilizado entornos virtuales comenzaron a grabar materiales, sostener encuentros sincrónicos y explorar estrategias diferentes para enseñar. Equipos pequeños resolvieron urgencias enormes. Lo que durante años había parecido inviable, ocurrió. Sin embargo, una vez superada la emergencia, muchas instituciones tendieron a recuperar rápidamente formas tradicionales de funcionamiento. Parte de los aprendizajes construidos comenzó a diluirse silenciosamente, como si la experiencia transitada hubiera sido apenas un paréntesis incómodo del que convenía regresar cuanto antes.

Este artículo parte de una idea quizás incómoda: la transformación digital universitaria no suele ralentizarse por falta de tecnología, sino por la dificultad de transformar culturas institucionales que todavía desconfían —o no terminan de reconocer— nuevas formas de enseñar, aprender y acompañar. Mientras gran parte del debate continúa concentrándose en plataformas, inteligencia artificial o modalidades de cursada, otra escena permanece

muchas veces invisibilizada: la de pequeños equipos que, silenciosamente, sostienen procesos de innovación, acompañan docentes, median tensiones y tratan de evitar que el cambio vuelva a detenerse.

La gran paradoja universitaria postpandemia

Pocas veces en la historia reciente de la educación superior las universidades se transformaron tan rápidamente como durante la pandemia. Lo que durante años parecía inviable —clases virtuales, reuniones académicas remotas, evaluaciones mediadas por tecnología, producción sistemática de materiales digitales o propuestas híbridas— ocurrió en cuestión de semanas. Más por necesidad que por convicción, instituciones enteras reorganizaron sus prácticas cotidianas a una velocidad difícil de imaginar en tiempos previos.

Ese proceso no estuvo exento de dificultades. Hubo improvisación, agotamiento, errores, desigualdades tecnológicas y resistencias comprensibles. Pero también ocurrió algo significativo: muchas barreras que parecían estructurales demostraron ser, al menos parcialmente, culturales. La universidad pudo cambiar. Quizás no de manera perfecta, pero sí con una capacidad de adaptación que sorprendió incluso a quienes históricamente habían impulsado transformaciones más graduales.

Docentes que nunca habían utilizado aulas virtuales comenzaron a experimentar con nuevos formatos. Equipos técnicos y pedagógicos desarrollaron estrategias de acompañamiento en tiempo récord. Se multiplicaron espacios de formación, tutoriales, encuentros de consulta y nuevas formas de colaboración entre áreas que antes funcionaban de manera relativamente aislada. En muchos casos, la innovación dejó de ser una aspiración futura para convertirse en una necesidad inmediata. Sin embargo, una vez superada la emergencia sanitaria, comenzó a aparecer una situación paradójica. Allí donde la pandemia había abierto conversaciones sobre flexibilización, accesibilidad y nuevas

formas de enseñar, muchas instituciones parecieron orientarse rápidamente hacia la recuperación de modalidades tradicionales. En numerosos casos, el regreso a la presencialidad no solo implicó recuperar prácticas valiosas, sino también dejar en suspenso preguntas que habían comenzado a resultar inevitables.

No se trata aquí de cuestionar la presencialidad como experiencia educativa. Sería difícil negar el valor formativo de la convivencia académica, el encuentro cotidiano, los intercambios informales o el sentido de pertenencia que construyen los espacios compartidos. La pregunta quizás sea otra: ¿en qué momento el retorno a la presencialidad comenzó también a funcionar como una forma de cerrar discusiones todavía pendientes? Porque si algo dejó al descubierto la experiencia pandémica fue que numerosos estudiantes—trabajadores, adultos, personas con responsabilidades familiares, habitantes de ciudades alejadas o trayectorias educativas discontinuas—lograron sostener recorridos universitarios que antes resultaban muy difíciles o directamente imposibles. Al mismo tiempo, muchos docentes descubrieron nuevas maneras de organizar contenidos, acompañar procesos y diversificar estrategias de enseñanza. Entonces, la pregunta vuelve a aparecer, quizás con más fuerza que antes: ¿qué parte de aquella transformación decidimos conservar y cuál preferimos olvidar?

Tal vez el verdadero desafío no consista en defender un formato sobre otro, sino en preguntarnos si las universidades están logrando aprender de una de las experiencias institucionales más intensas de su historia reciente. Porque resulta llamativo que organizaciones dedicadas al conocimiento encuentren, a veces, tantas dificultades para aprender sobre sí mismas.

El trabajo invisible de los equipos de educación a distancia

Cuando se habla de educación a distancia o transformación digital universitaria, buena parte de las conversaciones suele concentrarse en plataformas, herramientas, inteligencia

artificial o recursos tecnológicos. Sin embargo, una parte sustancial del trabajo que sostiene estos procesos permanece habitualmente fuera de escena. En muchas instituciones, los equipos de educación a distancia suelen ser asociados con funciones eminentemente técnicas: administrar aulas virtuales, resolver problemas de acceso, grabar clases o asistir en el uso de plataformas. Aunque estas tareas forman parte del trabajo cotidiano, reducir su función a un soporte instrumental deja fuera una dimensión central: la de mediación institucional y pedagógica.

Transformar prácticas educativas implica mucho más que incorporar tecnología. Supone acompañar personas. Y allí aparece uno de los trabajos menos visibles —y probablemente más complejos— de estos equipos: acompañar docentes en procesos de cambio que muchas veces implican revisar hábitos, creencias y formas de enseñar construidas durante años.

No siempre se trata de resistencia. En ocasiones, lo que aparece es cansancio, sobrecarga, falta de tiempo o simplemente incertidumbre. Muchos docentes sostienen simultáneamente tareas de enseñanza, investigación, gestión y extensión en contextos institucionales cada vez más demandantes. Pretender procesos rápidos de innovación sin reconocer esas condiciones puede generar frustración, rechazo o experiencias fallidas que luego refuerzan prejuicios sobre determinadas modalidades.

En ese escenario, los equipos de educación a distancia suelen ocupar un lugar ambiguo. Por un lado, son convocados para impulsar procesos de innovación, digitalización o mejora pedagógica. Por otro, muchas veces deben hacerlo sin tiempos institucionales protegidos, con recursos limitados y sosteniendo conversaciones difíciles sobre transformaciones que no siempre encuentran consensos claros.

El trabajo cotidiano entonces se vuelve, muchas veces, silencioso y artesanal. Acompañar a un docente que enfrenta por primera vez una grabación. Ayudar a reorganizar contenidos para estudiantes con tiempos fragmentados. Traducir lenguajes técnicos a

necesidades pedagógicas concretas. Resolver urgencias imprevistas. Mediar tensiones entre expectativas institucionales y posibilidades reales de implementación. En definitiva, evitar que el cambio se detenga.

En numerosos casos, la innovación universitaria no avanza exclusivamente por la existencia de grandes planes estratégicos o decisiones institucionales amplias. Avanza porque pequeños equipos sostienen procesos cotidianos de acompañamiento, prueba, error y aprendizaje compartido. Equipos que rara vez ocupan el centro de las discusiones sobre calidad educativa, pero que muchas veces terminan funcionando como una especie de infraestructura invisible del cambio. Quizás allí exista una tensión que todavía merece mayor atención. Resulta difícil imaginar procesos sostenidos de transformación digital si estos dependen exclusivamente del compromiso extraordinario de personas o áreas específicas. Cuando innovar se vuelve un esfuerzo militante, sostenido principalmente por convicción individual, el riesgo no es solo el agotamiento de quienes impulsan los cambios, sino también la fragilidad de las transformaciones alcanzadas. Porque ninguna universidad se transforma verdaderamente cuando el cambio depende únicamente de héroes silenciosos.

El problema no suele ser tecnológico

Resulta tentador pensar que las dificultades de la transformación digital universitaria responden principalmente a limitaciones tecnológicas. Falta de equipamiento, conectividad insuficiente, plataformas complejas o presupuestos limitados suelen aparecer entre las primeras explicaciones cuando los procesos de innovación encuentran obstáculos. Sin embargo, si algo dejó en evidencia la pandemia fue que, aun en condiciones imperfectas, las universidades fueron capaces de reorganizarse y sostener gran parte de sus funciones esenciales en tiempos extraordinariamente breves.

Esto no significa minimizar los problemas materiales ni desconocer desigualdades reales de acceso. Las limitaciones tecnológicas existen y continúan siendo un desafío para muchas instituciones y comunidades educativas. Sin embargo, atribuir exclusivamente a la tecnología las dificultades de transformación puede impedir ver dimensiones más profundas del problema.

Tal vez una de las preguntas más incómodas sea esta: ¿qué ocurre cuando las herramientas ya están disponibles, pero los cambios siguen avanzando lentamente?

La transformación digital universitaria no suele ralentizarse por falta de tecnología, sino por la dificultad de transformar culturas institucionales que todavía desconfían —o no terminan de reconocer— nuevas formas de enseñar, aprender y acompañar. En ocasiones, el problema no radica tanto en las plataformas, sino en las representaciones construidas alrededor de ellas. Persisten todavía ciertas asociaciones implícitas que equiparan presencialidad con calidad, virtualidad con menor exigencia, flexibilidad con pérdida de rigurosidad o innovación con amenaza a prácticas históricamente legitimadas. Aunque pocas veces se expresan de manera explícita, estas ideas suelen operar silenciosamente en decisiones institucionales, conversaciones informales y formas de valorar determinadas propuestas educativas.

Sin embargo, el problema difícilmente pueda reducirse a una cuestión de voluntad o resistencia individual. Las universidades son organizaciones complejas, atravesadas por tradiciones, identidades, normativas, prestigios académicos y tiempos de cambio naturalmente más lentos que los de otros ámbitos sociales. La prudencia institucional, en muchos casos, protege valores importantes. Pero también puede convertirse, involuntariamente, en una forma de inmovilidad.

A esto se suma otro elemento pocas veces mencionado: el cansancio. Después de años de sobrecarga, numerosos docentes y equipos universitarios experimentan agotamiento

frente a nuevas demandas de innovación permanente. La transformación digital, cuando se vive únicamente como acumulación de tareas o presión adicional, puede ser percibida menos como oportunidad y más como exigencia imposible de sostener.

Quizás por eso resulte insuficiente hablar únicamente de capacitación tecnológica. Aprender a utilizar herramientas es importante, pero no necesariamente transforma prácticas por sí mismo. Muchas veces, innovar implica algo más complejo: revisar certezas, aceptar experimentaciones imperfectas, reconocer nuevas necesidades estudiantiles y animarse a imaginar formas diferentes de enseñar sin sentir que aquello construido durante años pierde valor. En ese sentido, quizás el desafío universitario no consista solo en incorporar tecnología, sino en desarrollar condiciones institucionales que hagan posible el cambio sin agotamiento, sin culpabilización y sin la sensación permanente de estar renunciando a aquello que históricamente definió a la universidad. Porque tal vez no nos esté costando incorporar tecnología. Tal vez nos esté costando revisar algunas certezas.

¿Quién queda afuera?

Las discusiones sobre modalidades educativas suelen centrarse en cuestiones pedagógicas, tecnológicas o institucionales. Sin embargo, existe una pregunta previa que quizás merezca mayor atención: ¿para quiénes está pensada hoy la universidad?

Durante décadas, buena parte de la educación superior se organizó alrededor de una idea relativamente estable de estudiante: jóvenes con disponibilidad horaria amplia, trayectorias educativas continuas y tiempos vitales relativamente compatibles con la lógica institucional. Aunque esa realidad sigue existiendo y constituye una parte importante de la vida universitaria, convive cada vez más con recorridos mucho más diversos.

Estudiantes que trabajan jornadas completas o parciales. Personas que retoman estudios años después de haberlos interrumpido. Madres, padres y cuidadores con tiempos profundamente fragmentados. Habitantes de ciudades alejadas de los grandes centros universitarios. Profesionales que necesitan actualizar conocimientos sin abandonar responsabilidades laborales. Personas que, aun teniendo vocación y capacidad, encuentran enormes dificultades para sostener formatos educativos que continúan exigiendo niveles de disponibilidad difíciles de conciliar con la vida cotidiana.

La pregunta entonces deja de ser exclusivamente tecnológica o pedagógica y comienza a adquirir otra dimensión: ¿cuántas trayectorias quedan interrumpidas, postergadas o directamente abandonadas porque seguimos imaginando un único modo legítimo de transitar la universidad?

La pandemia dejó ver algo que quizás ya estaba ocurriendo, aunque de manera menos evidente. Cuando aparecieron propuestas mediadas por tecnologías, numerosos estudiantes lograron sostener recorridos que antes parecían imposibles. No porque las exigencias hubieran disminuido, sino porque ciertos obstáculos logísticos comenzaron a flexibilizarse. La distancia geográfica dejó de ser, en algunos casos, un límite absoluto. Los tiempos pudieron reorganizarse. La asincronía ofreció oportunidades para quienes antes simplemente no lograban compatibilizar estudio, trabajo y familia.

Por supuesto, ninguna modalidad resuelve por sí sola desigualdades estructurales. La educación a distancia también presenta limitaciones, brechas tecnológicas y riesgos de desvinculación. Idealizarla sería tan simplificador como descalificarla. Sin embargo, negar las oportunidades de accesibilidad y ampliación que puede ofrecer también implica perder de vista una parte importante del problema. Quizás aquí aparezca una tensión especialmente sensible para las universidades: cómo sostener la riqueza formativa de la presencialidad sin convertirla, involuntariamente, en una barrera para quienes necesitan otras formas de acceso y permanencia.

La pregunta puede resultar incómoda, pero quizás sea necesaria: cuando defendemos determinados formatos educativos, ¿estamos protegiendo aquello que hace valiosa a la universidad o estamos, a veces sin advertirlo, preservando condiciones que dejan afuera a quienes más necesitarían nuevas alternativas? Porque si las universidades aspiran a ampliar derechos y democratizar el conocimiento, quizás también deban preguntarse con honestidad cuáles son las trayectorias que todavía les cuesta alojar.

Innovar sin héroes

Después de recorrer estas tensiones, quizás aparezca una pregunta tan simple como incómoda: ¿puede una universidad transformarse de manera sostenida cuando la innovación depende principalmente del esfuerzo silencioso de unos pocos?

En muchas instituciones, los procesos de cambio parecen avanzar gracias a personas o equipos que, más allá de sus funciones formales, impulsan conversaciones, acompañan docentes, buscan soluciones, traducen lenguajes técnicos, generan materiales, organizan capacitaciones y sostienen proyectos aun cuando las condiciones institucionales no siempre resultan favorables. Son actores que rara vez ocupan el centro de las decisiones estratégicas, pero que muchas veces terminan evitando que determinadas iniciativas se detengan.

Hay algo profundamente valioso en ese compromiso. Sería injusto no reconocer la convicción, creatividad y generosidad de quienes dedican tiempo y energía a ampliar posibilidades educativas incluso en escenarios complejos. Sin embargo, también existe un riesgo cuando la innovación depende exclusivamente de esfuerzos extraordinarios: la fragilidad. Porque aquello que se sostiene principalmente por voluntad individual suele volverse difícil de consolidar institucionalmente. Las personas se cansan. Los equipos cambian. Las urgencias se acumulan. Las prioridades institucionales se modifican. Y

cuando el cambio no encuentra estructuras que lo acompañen, muchas transformaciones terminan ralentizándose o perdiendo continuidad.

Quizás, entonces, resulte necesario desplazar parte de la discusión desde las herramientas hacia las condiciones del cambio. Innovar no debería significar únicamente incorporar nuevas tecnologías o experimentar metodologías diferentes. También implica construir tiempos institucionales, espacios de formación, reconocimiento profesional y culturas organizacionales que hagan posible sostener transformaciones sin depender exclusivamente del sacrificio cotidiano de unos pocos. Esto no significa que las universidades deban abandonar su prudencia ni renunciar a tradiciones que forman parte de su identidad. Las instituciones académicas tienen tiempos propios y razones legítimas para evitar transformaciones apresuradas. Pero quizás exista una diferencia importante entre avanzar con cautela y permanecer inmóviles mientras las necesidades de estudiantes y docentes continúan cambiando.

La pregunta, entonces, no parece ser si las universidades deben transformarse. Esa conversación, en gran medida, ya ocurrió. La cuestión quizás sea otra: ¿cómo construir cambios sostenibles que no dependan únicamente de personas excepcionalmente comprometidas? Porque cuando innovar se vuelve un acto permanente de resistencia silenciosa, el problema deja de ser tecnológico o pedagógico. Se convierte, inevitablemente, en un problema institucional. Tal vez haya llegado el momento de dejar de esperar héroes y comenzar a construir condiciones para que innovar no dependa únicamente de ellos.

Conclusión

Durante los últimos años, las universidades atravesaron una experiencia extraordinaria. La pandemia obligó a modificar prácticas que parecían inalterables y dejó al descubierto tanto fortalezas institucionales como tensiones históricamente postergadas. Mostró, entre

otras cosas, que el cambio era posible. No necesariamente sencillo, ni lineal, ni exento de dificultades. Pero posible.

Tal vez por eso resulte pertinente volver sobre algunas preguntas que aún permanecen abiertas. ¿Qué aprendizajes institucionales decidimos conservar? ¿Qué transformaciones quedaron suspendidas junto con la emergencia? ¿Qué estudiantes y docentes continúan encontrando dificultades para habitar modelos pensados desde lógicas de otro tiempo?

La discusión probablemente ya no consista en elegir entre presencialidad o virtualidad, como si se tratara de modelos necesariamente enfrentados. Tampoco en asumir que la incorporación tecnológica resolverá por sí sola problemas complejos. El desafío parece ser más profundo: construir universidades capaces de acompañar trayectorias reales, reconocer nuevas formas de enseñar y aprender, y sostener procesos de innovación sin que dependan exclusivamente del compromiso silencioso de unos pocos. Porque quizás la pregunta más importante no sea cuánto cambió la universidad durante la pandemia, sino cuánto está dispuesta a aprender de aquello que ya demostró ser capaz de hacer. Y tal vez el verdadero riesgo no sea cambiar demasiado rápido. Tal vez sea acostumbrarnos a que innovar continúe siendo, apenas, un acto cotidiano de resistencia.

Bibliografía

- Bates, T. A. (2022). *Teaching in a digital age: Guidelines for designing teaching and learning* (3rd ed.). Tony Bates Associates Ltd.
- Echeverría, R. (2005). *Ontología del lenguaje* (6.ª ed.). Granica.
- Senge, P. M. (2005). *La quinta disciplina: El arte y la práctica de la organización abierta al aprendizaje*. Granica.
- UNESCO IESALC. (2021). *Pensar más allá de los límites: Perspectivas sobre los futuros de la educación superior hasta 2050*. Instituto Internacional de la UNESCO para la Educación Superior en América Latina y el Caribe (IESALC).
<https://www.iesalc.unesco.org/los-futuros-de-la-educacion-superior/>

Horacio I. Zamudio es licenciado en Medios Digitales, periodista deportivo y locutor. Se desempeña profesionalmente en la Universidad Nacional del Sur, en el área de educación a distancia, y también es docente en la Universidad Nacional de Córdoba. Además, participa en proyectos de investigación en la Universidad Católica de Santa Fe sobre accesibilidad en la educación superior.

